

ENCICLICA "EDITÆ SÆPE DEI ORE"(*)

(26-V-1910)

ENCICLICA DEL SANTO PADRE EN EL TERCER CENTENARIO
DE SAN CARLOS BORROMEO

PIO PP. X

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

357 **1. Introducción. La Santidad y los Santos.** Las sentencias muchas veces manifestadas por boca de Dios y expresadas casi de este modo de que la memoria del justo ha de ser eterna en alabanza y de que el mismo hable aún después de muerto⁽¹⁾, se confirman de un modo evidente en la costumbre y enseñanza de la Iglesia.

Pues esta madre y nodriza de la santidad, robustecida por juvenil vigor y conducida siempre por la inspiración del Espíritu Santo, "*a causa de su espíritu que habita en nosotros*"⁽²⁾, así como sola ella da a luz, nutre y reúne bajo sus brazos el nobilísimo linaje de los justos, así también, por el instinto de su maternal amor, se muestra sobre todo solícita en recordarlos y honrarlos.

Con motivo de este noble recuerdo se llena de dulce suavidad y se levanta por sobre la contemplación de las miserias de esta mortal peregrinación, al ver que aquellos bienaventurados son "*su alegría y su corona*": porque ve en ellos la altísima imagen de su celestial Esposo; porque con nuevos testimonios confirma a sus hijos las antiguas palabras de que: *todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios; de aquellos que El ha llamado según su decreto para ser santos*⁽³⁾.

Ahora bien los preclaros hechos de estos justos, no son sólo para recordar-

los con júbilo, sino también dignos de imitarse, y tiene esta intención de excitarnos a la virtud aquella voz que resuena en las palabras paulinas: "*sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo*"⁽⁴⁾.

Por ello, Venerables Hermanos, Nosotros, —que al ascender al Pontificado, constante en que "*todas las cosas sean instauradas en Cristo*"—, después de Nuestra primera *Encíclica*⁽⁵⁾, hemos dedicado Nuestra principal atención en que todos, unidos a Nosotros fijaran su mirada en el *Apóstol y Pontífice de nuestra religión, ...en Jesucristo autor consumidor de la fe*⁽⁶⁾.

Pero como nuestra flaqueza suele ser tal que nos aterramos fácilmente ante la magnitud de tan gran modelo, la providencia de Dios nos ha propuesto un modelo distinto a nosotros, que se acerca a Cristo en lo humanamente posible, y al mismo tiempo se adapta a nuestra debilidad; es la Beatísima Virgen, la Augusta Madre de Dios⁽⁷⁾.

Habiéndose presentado diversas ocasiones para honrar la memoria de los santos del cielo, ponemos a la común admiración estos fieles siervos y dispensadores en la casa del Señor, y, según el lugar de cada uno, amigo y familiares del Señor, quienes "*por la fe vencieron los imperios, hicieron justicia, y se hicieron dignos de las promesas*"⁽⁸⁾, a fin de que guiados por sus

(*) AAS. 2 (1910) 357-380. Traducción especial para la 1ª ed. Al texto original sigue en AAS. [2 (1910) 381-403] su "versión italiana". — Los números marginales corresponden a las páginas del texto original en AAS, vol. 2. (P. H.)

(1) Ps. 111, 7; Prov. 10, 7; Hebr. 11, 4.

(2) Rom. 8, 11.

(3) Rom. 8, 28.

(4) I Cor. 4, 16.

(5) Litt. Encycl. "E supremi" die 4 m. Octobr. 1903.

(6) Hebr. 3, 1; 12, 2-3.

(7) Litt. Encycl. "Ad diem illum" die 2-II-1904.

(8) Hebr. 11, 33.

ejemplos *"ya no seamos niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar acá y allá, de todos los vientos de opiniones mundanas, por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error; antes bien, siguiendo la verdad del Evangelio con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo que es nuestra cabeza"*⁽⁹⁾.

Este santo consejo de la divina Providencia ha sido realizado, como hemos mostrado, en modo especial en tres varones, dignos pastores y doctores que han aparecido en distintas edades, pero siempre en épocas de crisis para la Iglesia.

Estos son GREGORIO MAGNO, JUAN CRISÓSTOMO y ANSELMO AUGUSTANO cuyos solemnes centenarios se celebran por estos años.

Además, en dos *Encíclicas*, con fecha 12 de Marzo del año 1904, y de 21 de Abril de 1909, hemos expuesto ampliamente los puntos capitales de doctrina y los preceptos de la vida cristiana, del modo que nos parecieron más oportunos para estos tiempos, habiéndolos escogido de entre los ejemplos y las enseñanzas de los santos.

2. San Carlos Borromeo, Santo conforme a las necesidades de los tiempos. Pero como estamos persuadidos de que *para mover a los hombres los admirables ejemplos de los soldados de Cristo son mucho más poderosos que las palabras y las exquisitas disertaciones*⁽¹⁰⁾; aprovechamos esta feliz oportunidad de mostrar las saludables huellas seguidas por otro santísimo pastor, a quien Dios excitó adaptado a las necesidades de estos tiempos, y casi agitado por esas mismas borrascas; Nos referimos a CARLOS BORROMEO, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, Obispo de Milán, puesto en el catálogo de los santos por PAULO V, de santa memoria.

Y esto interesa no poco; ya que, para usar de las palabras de Nuestro Antecesor: *"el Señor, que él solo hace grandes maravillas, se dignó hacerlas con*

nosotros hace poco, y por la admirable obra de su dispensación estableció sobre la fortaleza de la Apostólica piedra una gran luminaria, habiendo elegido para ello de entre la grey de su sacrosanta Iglesia Romana a Carlos, sacerdote fiel, siervo bueno, modelo de súbditos y modelo de Pastores. Santo que, honrando toda la Iglesia con los múltiples fulgores de sus santas obras, brillaba entre los sacerdotes y el pueblo como un Abel inocente, como un Enoch castísimo, como el sufrido Jacob, como un Moisés mansísimo, como Elías el del ardiente celo. Santo que en medio de las comodidades se proponía la imitación de los castigos corporales de Jerónimo, la humildad más profunda de Martín, la pastoral solitud de Gregorio, la libertad de Ambrosio, la caridad de Paulino; y finalmente se mostraba a nuestra consideración como hombre que pudiéramos ver y palpar, crucificado al mundo en medio de sus mayores halagos, que vive sólo para el espíritu, que desprecia lo terreno y se preocupa de continuo de las cosas celestiales y que imita en la tierra, no sólo en sus ministerios sino también en su espíritu y en su obra, la vida de entre vosotros"⁽¹¹⁾.

Esto lo decía aquel Predecesor Nuestro cinco lustros después de la muerte de CARLOS. Pero ahora, a 300 años de los honores sagrados a él concedidos, *"con razón Nuestra boca está rebosante de alegría y Nuestra lengua de alabanzas en el día insigne en el cual hemos concedido por la inspiración de Dios a Carlos los sagrados honores de Cardenal Presbítero de la Santa Iglesia Romana para imponer a su Unica Esposa una nueva corona, adornada de todas las piedras preciosas"*³⁶⁰.

Tenemos la misma confianza que Nuestro Predecesor, de que por la contemplación de la gloria del santo varón y más por sus enseñanzas y ejemplos pueda ser debilitada la maldad de los impíos y confundidos todos aquellos que *"se glorían en las sombras del error"*⁽¹²⁾.

(9) Ef. 4: 14 seq.

(10) Encycl. "E supremi" 4-X-1905.

(11) Ex Bulla "Unigenitus" 1-XI-1610.

(12) Ex eadem Bulla "Unigenitus".

Y así los honores concedidos a CARLOS —que se estableció como modelo de súbditos y pastores de esta época, y fue diligente propugnador y autor del mejoramiento de la disciplina sagrada en contra de los hombres nuevos, a quienes preocupaba no ya el restablecimiento de la fe y las costumbres sino más bien su reformatión y extinción— estos honores serán consuelo y enseñanza para todos los católicos, los estimularán de modo que todos dediquen sus energías a la obra, que Nos preocupa, de la restauración de todas las cosas en Cristo.

3. Protección del Espíritu Santo sobre la Iglesia. Tenemos en verdad pruebas de que la Iglesia siempre combatida nunca ha sido privada de la consolación divina. Pues *“Cristo la amó y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla y mostrar la gloria de Ella, limpia de toda mácula e imperfección, santa e inmaculada”*⁽¹³⁾

Y más aún, cuanto mayores sean los abusos, cuanto más poderosos los ataques del enemigo, cuanto mayores peligros de total ruina parecen atraerle las insidias del error, de modo tal que precipitan al abismo del vicio y la impiedad a no pocos hijos que se han apartado de su seno, tanto más evidente aparece la protección del Espíritu Santo.

Porque Dios obra de modo que el error mismo, quieran o no quieran los impíos, venga a redundar en el triunfo de la verdad, por cuya custodia vigila la Iglesia, y obra de modo que la corrupción venga a acrecentar la santidad, de la cual ella es nodriza y maestra; y las vejaciones redunden en Nuestra *“salvación por obra de nuestros enemigos”*.

361 Y así acontece que cuando a los ojos del mundo la Iglesia parece más azotada por la furia de las olas, y casi sumergida, entonces se levanta más hermosa, más fuerte y pura, resplandeciente con el fulgor de las mejores virtudes.

(13) Ef. 5, 25 ss.

(14) Mat. 16, 18.

(15) Mat. 28, 20.

Así la suma benignidad de Dios confirma con nuevos argumentos que la Iglesia es obra divina, ya porque le ayuda a vencer el peligro que la gran aflicción causada por errores y males que atacan a sus mismos miembros; ya porque da cumplimiento a las palabras de Cristo: *“las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”*⁽¹⁴⁾; ya porque comprueba con actos aquello de: *“he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos”*⁽¹⁵⁾; ya, en fin, porque da testimonio de su oculto poder, por el cual *“otro Paráclito”* prometido por Cristo en su ascensión al cielo, desciende constantemente sobre ella, la protege y la consuela en toda tribulación; el espíritu *“que por siempre permanece con ella; el Espíritu de la verdad que el mundo no puede recibir, porque no lo ve, ni lo conoce, porque permanecerá con vosotros y estará entre vosotros”*⁽¹⁶⁾.

De esta fuente emana la vida y la fortaleza de la Iglesia; he aquí por qué ella —como dice el CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO— construida con caracteres claros, y *“como estandarte levantado entre las naciones”*, se distingue de cualquier otra sociedad⁽¹⁷⁾.

Y si no fuera por el prodigio del poder divino no se vería que, en medio del libertinaje y la defección de sus miembros, la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo, permanezca siempre fiel a la santidad de su doctrina, de sus leyes, y de su fin; que extraiga provecho e iguales consecuencias de esas mismas causas; que coseche frutos abundantísimos de salud, de la fe y justicia de sus numerosos hijos.

Y prueba no menos clara de su vida divina la tiene en el hecho de que en medio de la espantosa confusión de impías opiniones y de tan gran número de enemigos y de errores, ella permanece firme e inmutable, como *“columna y sostén de la verdad”*, profesando una sola doctrina, en una comunión de sacramentos, en una constitución divina, régimen y disciplina de costumbres.

(16) Juan 14, 16 ss. 26: 16, 7 ss.

(17) Sessio III, cap. 3 (Denzinger, nr. 1794).

⁵² Y esto es más digno de admiración, porque ella no sólo resiste al mal, sino que también "*vence al mal con el bien*", ni deja de bendecir a amigos y enemigos y se esfuerza en sus deseos de que también la comunidad y cada uno por separado se renueve en los preceptos cristianos.

Esta es su misión en esta tierra, cuyos beneficios a sus mismos enemigos alcanzan.

4. Acción de la Providencia en tiempos de Borromeo. Este admirable reflujo de la providencia de Dios, con respecto a la obra de restauración promovida por la Iglesia, se deja ver con claridad, y más en aquella época, que para consuelo de los buenos trajo al mundo a CARLOS BORROMEO. En aquel imperio de las pasiones, en que estaba desviado y ensombrecido el conocimiento de la verdad, muy larga fue la lucha con el error, y la sociedad humana que se desmoronaba parecía marchar a una grave ruina.

Surgen además de estas cosas hombres soberbios y rebeldes, "*enemigos de la Cruz de Cristo... que ponen el corazón en las cosas terrenas... cuyo Dios es el vientre*"⁽¹⁸⁾.

Estos se encaminaban no a reformar las costumbres, sino a negar los artículos de la Fe, todo lo trastornaban, abrían para sí y para los demás un ancho camino a la libertad, y huyendo de la autoridad de la Iglesia y de su gobierno, en favor de cualquier corrompido príncipe o pueblo, en una semi-tiranía, luchaban por la destrucción de su doctrina, constitución y disciplina.

Luego, imitando la costumbre de aquellos impíos, cuya es la conminación: "*¡ay de los que llamáis mal al bien y bien al mal!*"⁽¹⁹⁾, llaman restauración lo que es tumulto de rebeldes y destrucción de la fe y las costumbres, y a sí mismos llaman restauradores de la antigua disciplina. Pero en realidad fueron corruptores, porque, después de extenuadas las fuerzas de Europa por las discordias y guerras prepararon las actuales defecciones y divisiones. Des-

pués del primer choque, pues, se llegó a una triple lucha, de la cual la Iglesia salió siempre invicta y salva; esto es, las cruentas batallas de la primera época, luego la calamidad de los internos errores, y finalmente, bajo una pretendida reivindicación de la sagrada libertad, el azote de los vicios y una desvirtuación tal de la disciplina, como quizá ni en la Edad Media se habría visto.

A esta turba de embaucadores Dios ³⁶³ opuso los verdaderos restauradores, y aquellos santos que retardarían la rápida decadencia, apagarían los ardores o repararían los daños producidos.

La labor incansable y múltiple de éstos para restablecer la disciplina fue tanto más consoladora para la Iglesia con cuanto más graves angustias la afligían los demás; comprobándose la sentencia: "*Dios es siempre fiel, que... extrae provecho también de la tentación*"⁽²⁰⁾.

En estas circunstancias llenó de alegría a la Iglesia el singular nacimiento —obsequio del cielo— de CARLOS BORROMEO, y la santidad de su vida.

5. San Carlos Borromeo, restaurador de su época. Tuvo empero, su ministerio, por disposición de Dios, un gran vigor y eficacia no sólo para quebrantar la audacia de los sublevados, sino también para enseñar e incitar a los fieles.

Pues reprimía los locos atrevimientos de aquellos y deshacía sus vanas calumnias haciendo uso de la más poderosa elocuencia, el ejemplo de su vida y de sus actos; y exaltaba, en cambio, la esperanza de los otros, los fieles, y encendía su ardor.

Y lo que en él fue realmente admirable es el hecho de que las cualidades de verdadero restaurador, que suelen estar dispersas y ser diferentes en cada uno, las tuvo todas desde su juventud: virtud, consejo, doctrina, autoridad, energía, prontitud; e hizo que todas se coaligaran para la defensa a él encomendada de la verdad católica contra los difundidos errores, —propósito también de toda la Iglesia—, avivaba

(18) Filip. 3, 18, 19.

(19) Isai. 5, 20.

(20) I Cor. 10, 13.

al mismo tiempo la fe moribunda y casi extinguida en muchos, la fortalecía con prudentes leyes y resoluciones, restituía la disciplina deshecha, restablecía con vigor las costumbres del clero y del pueblo a la vida cristiana.

Hombre de Dios y de la Iglesia. Así, mientras llenaba cumplidamente todas las funciones de restaurador, no descuidaba en absoluto sus deberes de “*siervo bueno y fiel*” y de gran sacerdote, “*que en todos sus días fue grato a Dios y fue hallado justo*”; y es del todo digno de que los hombres de cualquier categoría, ricos lo mismo que pobres, lo observen como ejemplo, cuya mayor gloria es la de Obispo y Pastor, por la cual, —amoldándose a las palabras del Apóstol PEDRO— es hecho “*por su espíritu modelo del rebaño*”⁽²¹⁾.

364 Y no menos admirable es el que CARLOS, no habiendo cumplido aún los 20 años, haya alcanzado los mayores honores; se dedique a tratar los grandes y más arduos negocios de la Iglesia; progresara cada día en perfección, por la contemplación de las cosas divinas, por la cual en el sagrado retiro renovaba su ánimo; y resplandeciera “*admirable... ante el mundo, los ángeles, y los hombres*”.

6. Santidad de Carlos desde su juventud. Entonces, —para usar las palabras de Nuestro recordado Predecesor, PAULO V— el Señor verdaderamente comenzó a mostrar en CARLOS “*sus maravillas*”; sabiduría, justicia, preocupación ardiente de promover el honor divino y el nombre católico, sobre todo, cuidado en restaurar la Fe y la Iglesia toda, asunto que se ventilaba en aquel augusto Concilio Tridentino. La gloria del cual es atribuida por el mismo Pontífice y por toda la posteridad a CARLOS, como varón, que se estableció defensor acérrimo de él más bien que fidelísimo ejecutor. Y se obtuvo el éxito no sin grandes vigiliias, angustias y trabajos de toda especie por parte de él.

Esto no era, sin embargo, más que una preparación y un ejercicio para la

vida, con el cual ejercitaba su espíritu de piedad, su mente en la doctrina, y su cuerpo para el trabajo, de un modo tal que, joven modesto y humilde en extremo, era a modo de dúctil arcilla en manos del Señor, y de su Vicario en la tierra.

Aquellos partidarios de novedades despreciaban este modo de actuar con la misma necedad que otros, ignorantes de que desde las sombras y el silencio del alma dócil y piadosa se extraen a la luz las maravillas de Dios, y de que en aquella ejercitación ha de verse la promesa de una futura elevación; del mismo modo que en la simiente está contenida la esperanza de la mies madura.

Con todo —como acabamos de ver— la santidad de vida y su obra tan felizmente comenzada, se desarrolló y dio frutos abundantísimos, cuando “*alejado del esplendor y lujo de la Urbe, el buen operario se aportó a la mies a él encomendada (Milán); donde, después de la cotidiana labor fielmente cumplida, devolvió a aquel campo, devastado y cubierto por las malezas y espinos del tiempo, aquel esplendor, que convirtió la Iglesia de Milán en preclaro ejemplo de disciplina eclesiástica*”⁽²²⁾.

Tantos y tan grandes resultados obtuvo conformando su obra de restauración a las normas poco antes establecidas por el Concilio Tridentino.

Pero la Iglesia, comprendiendo bien cuán “*inclinados están hacia el mal los sentidos, y el pensamiento del corazón humano*”⁽²³⁾, no cesó un solo instante la lucha contra los vicios y errores, “*con el fin de que sea destruido el cuerpo del pecado y no sirvamos más al pecado*”⁽²⁴⁾.

En esa lucha, del modo que es maestra para sí y es impelida por la gracia que “*es derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo*”, así también toma como guía de su pensamiento y acción al Doctor de las gentes, que dice: “*Renovaos, pues, ahora en el espíritu de vuestra mente*”⁽²⁵⁾. “*Y no queráis conformaros con este siglo, antes*

(21) I Petr. 5, 3.

(22) Bulla “Unigenitus”, 1610.

(23) Gen. 8, 21.

(24) Rom. 6, 6.

(25) Ef. 4, 23.

bien transformaos con la renovación de vuestro espíritu a fin de que experimentéis lo que es la voluntad de Dios y cuán buena es, cuán agradable y perfecta"⁽²⁶⁾.

Hijo de la Iglesia y restaurador verdadero nunca cree haber llegado a esta meta; confiesa con el mismo apóstol que sólo tiende hacia ella; *"Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás, y atendiendo sólo y mirando a las de adelante, ir corriendo hacia la meta para ganar el premio a que Dios me llama desde lo alto por Jesucristo"*⁽²⁷⁾.

De allí se sigue que también nosotros con Cristo en la Iglesia *"en todo crezcamos en caridad llegándonos a Cristo que es nuestra cabeza y de quien todo el cuerpo... recibe el aumento propio de su perfección, mediante la caridad"*⁽²⁸⁾; y que la Madre Iglesia cada día confirme más el propósito de su divina voluntad esto es, *"restaurar en Cristo todas las cosas, cumplidos los tiempos prescritos"*⁽²⁹⁾.

7. Los enemigos de la Iglesia siembran la cizaña. En esto no se fijaron aquellos autores que pretendían renovar con sus solas fuerzas la fe, y la disciplina, a cuyos intentos se opuso BORRAMEO; ni lo ven mejor los nuestros, con quienes, Venerables Hermanos, debemos luchar con valor.

³⁶⁶ Pues también estos desvirtúan la doctrina, las leyes y estatutos de la Iglesia, teniendo siempre ante los ojos la preocupación de una humanidad más culta, no porque les interese de verdad ese asunto, sino para ocultar más fácilmente con la ostentación de estos títulos la maldad de sus intenciones.

A ninguno de vosotros se le oculta qué es lo que hacen, qué traman, qué intención persiguen, y sus propósitos han sido por Nos denunciados y condenados. Y ellos son: la total separación por parte de los fieles, de la fe y la disciplina de la Iglesia, y aquel propósito, que puso en peligro la época de CARLOS, es tanto peor cuanto más se oculta y corre casi en las mismas venas de la Iglesia, y cuanto más sutilmente

extremas conclusiones se deducen de absurdos antecedentes.

El origen de las dos calamidades es el mismo; *"el enemigo"*, que para daño de la humanidad no vigilante *"sembró cizaña en medio del trigo"*⁽³⁰⁾; el camino escondido y tenebroso es el mismo; y la marcha y la llegada también las mismas. Pues así como en otro tiempo aquella primera fortuna, que según los éxitos aumenta las fuerzas, incitaba una contra otra las partes de los nobles y del pueblo para finalmente burlarse de ambas y hundirlas; así esta reciente derrota agudizó la envidia mutua de pobres y ricos, de modo que cada uno descontento con su suerte arrastre una vida miserable y pague la pena merecida por aquellos que no buscan *"el reino de Dios y su justicia"* sino que están inclinados a estas cosas caducas y pasajeras.

8. Los males contemporáneos. Y esto hace también más grave el presente choque, porque mientras los hombres turbulentos de los tiempos anteriores retenían muchas veces algo verdadero e inmutable del tesoro de la doctrina revelada, los actuales parecen no querer descansar sin antes ver todo en ruinas.

Ahora bien, minado el fundamento de la religión, necesariamente se resquebraja la misma sociedad civil: Es triste ese espectáculo para el presente, pero temible para el futuro, no porque haya de temerse por la incolumidad de la Iglesia, de lo cual no permiten dudar las promesas divinas, sino por los peligros pendientes sobre las familias y las gentes, sobre todo aquellos peligros que favorecen más el pestífero huracán de la impiedad, o con más paciencia lo soportan.

En esta tan impía y necia lucha, que ³⁶⁷ tratan de agitar y agrandar como aliados y poderosos auxiliares a veces aquellos mismos que deberían cooperar con Nosotros y deberían antes que los demás defender Nuestros derechos; a la forma múltiple de errores y halagadores vicios, en todos los cuales no pocos

(26) Rom. 12, 2.

(27) Filip. 3, 13, 14.

(28) Ef. 4, 15, 16.

(29) Ef. 1, 9, 10.

(30) Mat. 13, 25.

de los nuestros se complacen, encandilados por la novedad de doctrinas y llevados por vanas esperanzas de que la Iglesia puede adaptarse a la opinión de la época; en todo esto bien comprendéis, Venerables Hermanos, que debemos resistir con todas nuestras energías y hacer frente al ímpetu del enemigo con las mismas armas que en otro tiempo empleó BORROMEO.

Primeramente —ya que atacan a la ciudadela, la fe misma, ya sea negándola abiertamente o combatiéndola ocultamente, ya sea alterando su doctrina en sus fundamentos— recordaremos estas palabras tantas veces repetidas por CARLOS: *“El primero y mayor cuidado de los Pastores debe referirse a aquello que se relaciona con la conservación total e inviolable de lo que la Santa Iglesia Romana profesa y enseña, y sin lo cual es imposible agradar a Dios”*⁽³¹⁾. Y lo repite: *“En eso... ningún cuidado será tan grande cuanto se requiere”*⁽³²⁾.

9. La lucha contra la herejía. Por lo cual *el fermento de la herejía*, que, si no se la reprime, *corrompe toda la masa*, es decir, a las depravadas teorías que se introducen furtivamente bajo engañosas apariencias, teorías que en conjunto llevan el nombre de *“modernismo”*, debe oponerse la integridad de doctrina, y considerar como CARLOS: *“cuán grande debe ser la diligencia y el cuidado del obispo sobre todo por deshacer la herejía”*⁽³³⁾.

No es necesario, por cierto, traer las demás palabras del santo varón, que recuerda las sanciones, leyes, penas de los Romanos Pontífices establecidas contra aquellos Prelados que mostraban poca diligencia en limpiar la diócesis del *“fermento de la herética impiedad”*. Sin embargo será de algún provecho atender diligentemente a lo que de allí concluye. *“Por ello, dice, el obispo debe preocuparse con aquella constante solicitud y continua vigilancia primeramente para que la pestilente*

enfermedad de aquella herejía no sólo no ataque al rebaño a él confiado, sino que aleje de él lo más posible aún toda sospecha”.

“Si empero lo hubiese ya atacado —que Cristo Señor, por su piedad y misericordia, no lo permita— trabaje con todas sus fuerzas para rechazarla lo antes posible; y con aquellos que hubiesen sucumbido a ella, o mostrasen señales sospechosas, obre con ellos como lo prescriben los cánones y sanciones pontificias”⁽³⁴⁾.

Ahora bien, no es posible rechazar o precaver el contagio, si no se pone el máximo cuidado por parte del clero y del pueblo: *“Pues la fe entra por el oído, pero si escucha la palabra de Cristo”*⁽³⁵⁾.

Hoy, empero, es más urgente la necesidad de inculcar la verdad en los oídos de todos, ya que por las venas todas de la república, aún donde menos se piensa, corre oculto el terrible veneno; de modo que a todos deben llegar las razones aducidas por CARLOS con estas palabras: *“Los vecinos a los herejes, a no ser que fuesen firmes e incommovibles en los fundamentos de la fe, deben ser objeto de temeroso cuidado, no sea que se dejen atraer por aquellos hacia las engañosas apariencias de la impiedad o de su peligrosa doctrina”*⁽³⁶⁾.

En nuestros días, más fáciles los caminos y comunicaciones, y del mismo modo que el comercio de las demás cosas, se ha acrecentado el de los errores; y entregados a las pasiones libertinas, vivimos en una sociedad depravada, en que *“falta la verdad... y la ciencia de Dios”*⁽³⁷⁾; *en la tierra que está desolada... porque nadie hay que recapacite en su corazón”*⁽³⁸⁾.

Por lo cual Nosotros, para usar las palabras de CARLOS; *“hemos puesto hasta el presente un gran cuidado, para que todos y cada uno de los fieles de Cristo sean instruidos en los rudimentos de la fe cristiana”*⁽³⁹⁾; y acerca de

(31) Conc. Prov. I, sub initium.

(32) Conc. Prov. V, Pars I.

(33) Ibid.

(34) Conc. Prov. V, Pars I.

(35) Rom. 10, 17.

(36) Conc. Prov. V, Pars I.

(37) Os. 4, 1.

(38) Jerem. 12, 11.

(39) Conc. Prov. 5, Pars I.

esto, dándole una importancia suma, hemos escrito una Carta Encíclica⁽⁴⁰⁾.

Aunque no queremos hacer Nuestro aquello de que BORROMEO, ardiendo en un insaciable celo, se queja, "*de que ha adelantado tan poco en asunto tan grave*", no obstante, llevados, lo mismo que él "*por la magnitud del asunto y del peligro*", queremos estimular a todos a que asemejándose a CARLOS, cada uno según sus obligaciones y fuerzas, se unan para la obra de la restauración cristiana.

A este fin recordarán los padres de familia, y los señores, con qué preocupación aquel santísimo pastor los ha amonestado constantemente a que no solamente permitieran, sino que también obligaran a sus hijos, domésticos y criados, a aprender la doctrina cristiana.

A los clérigos a su vez no se les escape de la memoria que se deben dedicar a dar los rudimentos de la fe, a las autoridades que deben preocuparse de que abunden estas escuelas, que sean acomodadas al número y a la necesidad de los fieles, y recomendables por la probidad de sus maestros, para ayudantes de los cuales sean elegidos *varones o mujeres honestas*, según prescribe el mismo Prelado de Milán⁽⁴¹⁾.

10. La escuela neutra o laica. La creciente necesidad de esta cristiana institución se hace sentir más a causa de estos tiempos y costumbres, y sobre todo por las escuelas públicas privadas de toda religión; donde el burlarse de las cosas más sagradas podría decirse que reemplaza a las diversiones; donde los labios del maestro y el oído del discípulo están igualmente imbuidos de impiedad.

Hablemos de la escuela que llaman —oh gran injuria— "*neutra*" o "*laica*", cuando en realidad no es más que un formidable centro de obscuro sectarismo.

Este nuevo yugo de una mal entendida libertad lo habéis denunciado vosotros, Venerables Hermanos, con gran voz y buenas fuerzas, principalmente

en los lugares en que con más audacia se ataca los derechos de la religión y la familia, y se ahoga la voz de la naturaleza que reclama se respete el candor y la fe de los adolescentes.

Decididos a oponernos en lo posible a esta calamidad acarreada por aquellos que exigiendo obediencia de los demás la niegan al Soberano Señor de todas las cosas, hemos instado a que sean erigidas escuelas de religión en todas las ciudades.

Esta obra, aunque hasta el presente gracias a vuestros esfuerzos ha prosperado satisfactoriamente, sin embargo es de esperar que progrese cada día más, es decir, que sus enseñanzas brillen por todas partes, y tengan en abundancia preceptores recomendables por su doctrina e integridad de vida.

11. La predicación sacra. A esta saludable enseñanza primaria debe unirse íntimamente el oficio de orador sagrado en que son más necesarias las citadas virtudes. Y así las preocupaciones y consejos de CARLOS en los Sínodos provinciales y diocesanos fueron especialmente referidos a la formación de los predicadores, para que pudiesen desenvolverse santa y fructuosamente "*en el ministerio de la predicación*". Y lo mismo, tal vez con más razón, nos exigen estos tiempos que corren, cuando la fe de tantos hombres vacila, y no faltan quienes por un deseo de vanagloria se abandonan a la moda de la época, *adulterando la palabra de Dios* y sustrayendo el alimento de vida a los fieles.

Por ello, Venerables Hermanos, debemos emplear seria vigilancia para que el rebaño no sea apacentado por hombres débiles y sin aliento, sino que sea robustecido con el alimento de vida por "*los ministros de la predicación*", para quienes es aquello: "*Ejercemos el cargo de Cristo, como si Dios exhortase por nuestros labios: reconciliaos con Dios*"⁽⁴²⁾; —*por ministros y legados que no obran con astucia ni adulteran la palabra de Dios, sino que en la manifestación de la verdad, nos recomendamos a la conciencia de todos los hombres en*

(40) S. Pío X, Encicl. "*Acerbo nimis*", 25-IV-1905 (en esta Colecc. Encicl. 95, pág. 729-737).

(41) Conc. Prov. V, Pars I.

(42) II Cor. 5, 20.

la presencia de Dios⁽⁴³⁾—; ministros dignos de aprobación, dispensadores del bien, de la palabra, de la verdad⁽⁴⁴⁾.

Ni nos serán de menor provecho aquellas normas santísimas y sumamente fructuosas que el Obispo de Milán, con las palabras de Pablo, solía encomendar a los fieles: “*por cuanto recibisteis la palabra de Dios oyéndola de nosotros: la recibisteis, no como palabra de hombre, sino, según lo es verdaderamente, como palabra de Dios que fructifica en vosotros que habéis creído*”⁽⁴⁵⁾.

De este modo “la palabra de Dios viva y eficaz y más penetrante que espada”⁽⁴⁶⁾ no sólo influirá en la conservación y defensa de la fe, sino que también inflamará los espíritus en propósitos de virtud, porque “la fe sin obras está muerta”⁽⁴⁷⁾, y “no son los que escuchan la ley quienes serán justos ante Dios, sino quienes la practican serán justificados”⁽⁴⁸⁾.

También en esto es posible ver cuán distinta es la razón de ambas restauraciones. Pues los partidarios de la falsa restauración, imitando la inconstancia de los necios, en su precipitada acción suelen correr a los extremos, ya sea predicando una fe desprovista de la necesidad de buenas obras, ya sea poniendo el valor de la virtud en la sola naturaleza, dejando de lado los auxilios de la fe y de la divina gracia.

Por lo cual los deberes cumplidos por una honradez natural no serán sino simulaciones de virtud, ni serán ciertamente duraderos ni conducentes a la salvación.

La actividad de estos, está dirigida no a la restauración de la disciplina, sino a la destrucción de la fe y las costumbres.

12. La verdadera restauración de la Iglesia. Por el contrario, quienes, siguiendo el ejemplo de CARLOS, amigos, y de ningún modo falaces, de la verdad, se ocupan en la saludable obra de reconstrucción, éstos evitan los extremos, ni se salen de los fines ciertos, por

sobre los cuales no es posible consolidar una renovación.

Pues por una firme adhesión a la Iglesia y a su cabeza, que es Cristo, no sólo obtienen de ella la fortaleza en su vida interior, sino que también miden por ella el alcance y modo de su acción exterior, para emprender con éxito la obra de saneamiento de la sociedad humana.

Es empero propio de esta divina misión confiada por siempre a aquellos que habrán de desempeñar la representación de Cristo, “el enseñar a todas las gentes” no sólo aquello que pertenece al credo, sino también lo que pertenece a la vida práctica, esto es, como enseñó Cristo: “observar todo lo que os he mandado”⁽⁴⁹⁾. Pues El es “el camino, la verdad y la vida”⁽⁵⁰⁾; que vino para que los hombres “tengan vida y la tengan en abundancia”⁽⁵¹⁾.

Porque cumplir todos esos cargos con la sola ayuda natural es difícil en extremo y aún fuera de nuestro alcance como para poder obtenerlo con sólo las fuerzas humanas. Por esta razón la Iglesia tiene unido a su magisterio el gobierno de la sociedad Cristiana, y la obligación de disponerla para la santidad, mientras suministra, por aquellos que, —cada uno según su estado y obligación— se entregan a ella como ministros o ayudantes, los instrumentos aptos y necesarios para la eterna salvación.

Comprendiendo bien esto, los autores de la verdadera renovación no podan los brotes con el fin de preservar a la raíz, es decir, no separan la fe de la santidad de vida, sino que nutren y sostienen a ambas con el hábito de la caridad, que “es el vínculo de perfección”⁽⁵²⁾.

Estos, escuchando al Apóstol, “guardan el depósito”⁽⁵³⁾, no para ocultar su noticia y quitar su luz, sino para descubrir más ampliamente los saludables riachuelos que brotan de aquel manantial de verdad y vida.

(43) II Cor. 4, 2.

(44) II Tim. 2, 15.

(45) I Thess. 2, 13.

(46) Hebr. 4, 12.

(47) Jacob 2, 26.

(48) Rom. 2, 13.

(49) Mat. 28, 18, 20.

(50) Juan 14, 6.

(51) Juan 10, 10.

(52) Coloss. 2, 14.

(53) I Tim. 6, 20.

En medio de esa abundancia juntan la doctrina y la práctica, usando de aquella para deshacer "*las redes del error*", y de ésta para aplicar los preceptos en las costumbres y actos de la vida.

13. La observancia de las enseñanzas y leyes de la Iglesia. Con ello adaptan y se procuran todos los instrumentos necesarios a un fin, ya para la extirpación del pecado, ya "*para la mayor perfección de los santos, en la obra del ministerio y en la erección del Cuerpo de Cristo*"⁽⁵⁴⁾.

A esto se refieren los estatutos, cánones y leyes de los Padres y Concilios; a ello aquellos auxilios que le prestan la doctrina, el gobierno y toda clase de apoyo; a ello finalmente se refieren la disciplina y la actividad toda de la Iglesia.

A estos maestros de la fe y la virtud, con los ojos y el ánimo atentos, observa el verdadero hijo de la Iglesia, que tiene el deber de su propia enmendación y la de los demás.

En estos autores, que tan frecuentemente recuerda, se apoya BORROMEO para restaurar la disciplina de la Iglesia; como cuando escribe: "*Nosotros, siguiendo la vieja tradición y autoridad de los santos Padres y sagrados Concilios, principalmente del Ecuménico de Trento, hemos establecido muchas prescripciones sacadas de aquellos nuestros anteriores Concilios Provinciales*".

Asimismo confiesa haberse conducido en las resoluciones para reprimir la pública corrupción "*por el derecho y sacrosantas sanciones de los sagrados Concilios y en especial por los decretos del Concilio Tridentino*"⁽⁵⁵⁾.

No satisfecho con esto, para preverse mejor de toda posible desviación de aquella norma, concluye de este modo sus resoluciones de los Sínodos provinciales: "*Todo lo que por Nosotros ha sido resuelto y realizado en este Sínodo provincial lo sujetamos para cualquier enmienda y corrección a la autoridad y juicio —dignos de nues-*

tra obediencia y respeto— de la Santa Iglesia Romana, madre y maestra de todas las iglesias"⁽⁵⁶⁾.

Esta voluntad la tuvo tanto más sujeta cuanto más progresaba cada día en la perfección de su laboriosa vida, y no sólo mientras ocupó la cátedra de PEDRO su tío paterno, sino también cuando la ocupaban los sucesores de él, Pío V y GREGORIO XII a quienes, así como los favoreció en la elección al Pontificado, así también se les asoció como poderosa ayuda en los asuntos más graves, y respondió con creces a las esperanzas que habían depositado en él.

En modo especialísimo se entregó a la voluntad de ellos en disponer lo que tenía relación con el fin que se había propuesto, es decir, con la restauración de la disciplina sagrada.

14. La reforma del clero y las costumbres del pueblo. En esto estuvo completamente exento del ingenio de aquellos que ponen las apariencias de un ardiente celo sobre su obstinación. Así, comenzando "*el juicio en la casa del Señor*"⁽⁵⁷⁾, ante todo puso su atención en conformar la disciplina del clero a leyes fijas; por lo cual favoreció los seminarios de alumnos con órdenes sagradas, instituyó las congregaciones de sacerdotes llamadas "*oblato*", adaptó las familias religiosas tanto antiguas como las recientes, reunió concilios, con apoyo que obtuvo de todas partes aseguró y aumentó la obra comenzada.

En seguida con no menor entusiasmo puso manos a la obra de enmendación de las costumbres del pueblo, aplicando a sí las palabras en otro tiempo dichas al profeta: "*he aquí que hoy te he constituido... para que arranques y destruyas, para que aniquiles y desbarates, para que edifiques y plantes*"⁽⁵⁸⁾. Por lo cual el buen Pastor, purificando él mismo y no sin trabajo las iglesias de la provincia, a semejanza del divino Maestro "*pasó haciendo bien y sanando*" las heridas del rebaño; trató por todos los medios de quitar y librar de

(54) Eph. 4. 12.

(55) Conc. Prov. V. Pars I.

(56) Conc. Prov. VI sub finem.

(57) I Petr. 4. 17.

(58) Jer. 1. 10.

los perjuicios que habían sobrevenido a causa de la ignorancia o negligencia de las leyes; a las depravadas teorías y a la creciente ola de vicios opuso como diques las escuelas para niños y los colegios para jóvenes por él abiertos; florecen sociedades Marianas, que antes había visto nacer en Roma; son abiertos albergues para niños huérfanos; asilos para las pobres mujeres abandonadas, para las viudas, y demás necesitados, enfermos o ancianos, tanto varones como mujeres; defiende a los pobres de la insolencia de los señores; y así lo vemos entre otras numerosas obras de esta índole.

Esto lo realizó de una manera completamente distinta a la costumbre de aquellos que en la renovación que realizan con sus propias fuerzas en el pueblo cristiano remueven y agitan todo con inútil estrépito, olvidando las palabras divinas: *“el Señor está ausente del alboroto”*⁽⁵⁹⁾.

15. Humildad de San Carlos. Por esta otra nota, según habréis podido experimentar, Venerables Hermanos, se distinguen los restauradores verdaderos de los falsos, y es que éstos *“buscan lo que es de ellos, no lo que es de Jesucristo”*⁽⁶⁰⁾, y recogiendo con oído atento las tentadoras palabras en otro tiempo dirigidas al divino Maestro: *“hazte conocer a ti mismo al mundo”*⁽⁶¹⁾, repiten las soberbias palabras: *“tomemos también para nosotros ese nombre”*.

A causa de esta temeridad *“los sacerdotes cayeron en la guerra cuando querían obrar con valentía después de haber entrado imprudentemente en el combate”*⁽⁶²⁾, lo cual con frecuencia aún ahora lamentamos.

Por el contrario quien se preocupa de verdad por el mejoramiento de la sociedad humana, éste *“no busca su propia gloria, sino la gloria de aquel que le envió”*⁽⁶³⁾; y conformándose al ejemplo de Cristo *“no luchará, no clamará, ni escuchará nadie su voz en las plazas; —no estará triste, ni turbulen-*

to”⁽⁶⁴⁾, sino *“manso y humilde de corazón”*⁽⁶⁵⁾.

Este recibirá la aprobación de Dios y obtendrá frutos abundantísimos de salvación.

En esto se distingue además uno del otro, en que aquel apoyándose sólo en las fuerzas humanas *“confía sólo en el hombre y pone su brazo al servicio de las cosas casuales”*⁽⁶⁶⁾; éste en cambio pone toda su confianza en Dios, lo espera todo, su fuerza y fortaleza, de El y de la ayuda sobrenatural, repitiendo las palabras del Apóstol: *“Todo lo puedo en aquel que me conforta”*⁽⁶⁷⁾.

El varón fiel busca estos auxilios, que Cristo trajo con abundancia, en medio de la Iglesia para la salvación de todos, y principalmente en la dedicación a la oración, al sacrificio, los sacramentos que *“vienen a ser como la fuente de agua viva para la vida eterna”*⁽⁶⁸⁾.

Despreciando todo esto, aquellos que por desviados caminos y olvidados de Dios luchan por la obra de renovación, no cesan sino de agotar totalmente esas aguas purísimas o al menos de enturbiarlas de modo que el rebaño cristiano se aparte de ellas.

16. Amor a los Sacramentos de la Confesión y Eucaristía. En esto obran con mayor malicia los nuevos continuadores de aquellos, quienes empleando ciertas apariencias de mayor religiosidad, tienen en el mayor desprecio a estos socorros espirituales, principalmente los dos sacramentos, por los cuales se expían las culpas de los penitentes y se robustece el alma con el celestial manjar. Por lo cual cuiden todos los buenos cristianos con suma diligencia, de modo que estos dones inapreciables sean tenidos en la mayor estima y que no permitan se extinga el celo de los hombres por esta doble obra de la caridad divina.

De este modo se comporta BORROMEO, entre cuyos escritos hallamos estas líneas: *“cuanto mayor y más rico*

(59) III Rey. 19, 11.

(60) Filip. 2, 21.

(61) Juan 7, 4.

(62) I Macab. 5, 57, 67.

(63) Juan 7, 18.

(64) Isaías 42, 2-4; Mat. 12, 19.

(65) Mat. 11, 29.

(66) Jer. 17, 5.

(67) Filip. 4, 13.

(68) Juan 4, 14.

es el fruto de los sacramentos que explica fácilmente su poder tanto más diligentemente deben ser tratados y recibidos con piedad sincera, con externo culto y veneración"⁽⁶⁹⁾.

También son dignas de ser recordadas aquellas palabras con que exhortaba con vehemencia a los pregoneros y demás predicadores sagrados, para que predicaran la vuelta a la antigua costumbre de la comunión frecuente; lo cual ha sido tratado por Nos en el decreto que comienza: *Tridentina Synodus*. "*Los párrocos... y predicadores—dice el santo Prelado— con la mayor frecuencia posible exhorten al pueblo a esta saludabilísima costumbre del uso frecuente de la Sagrada Eucaristía, trayendo los ejemplos y costumbres de la primitiva Iglesia, las voces de los más autorizados Padres, y la doctrina riquísima en este punto del Catecismo romano, y finalmente la resolución del Concilio Tridentino, que anhela que los fieles se unan en cada Misa no sólo por el afecto espiritual sino también por la percepción sacramental de la Eucaristía*"⁽⁷⁰⁾.

Ahora bien, con qué intención y disposición de ánimo debe uno acercarse al sagrado banquete, lo enseña con estas palabras: "*Adviértase también al pueblo, cuando se le aconseje el uso frecuente de los Santos Sacramentos de cuán gran peligro y daño sea el acercarse indignamente a la sagrada mesa de aquel divino manjar*"⁽⁷¹⁾.

Esta diligencia parece más necesaria en estos tiempos de fe vacilante y débil caridad, no sea que por el uso frecuente amengüe la reverencia debida a tan gran misterio, sino que más bien sea ésto causa de que "*el hombre se aprecie a sí mismo y así coma de aquel pan y beba de aquel cáliz*"⁽⁷²⁾.

17. Fortaleza proveniente de estos Sacramentos. De estas fuentes brotará el rico manantial de gracia, desde donde extraen el jugo y se alimentan también las fuerzas humanas y naturales.

Porque la acción del varón cristiano no desdenará las cosas que son útiles para la vida, que provienen del único y mismo Dios, autor de la gracia y de la naturaleza; pero cuidará que no se ponga la felicidad y el fin de toda la vida en buscar y gozar las cosas y bienes externos.

Quien quiera usar de esto con rectitud y moderación, diríjalos al provecho de las almas, según las palabras de Cristo: "*Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás os será dado por añadidura*"⁽⁷³⁾.

Este uso sabio y ordenado de las cosas está tan lejos de contrariar al bien del orden inferior, es decir, de la sociedad civil, que más bien le acarrea bienes; y esto no con un vano alarde de palabras, como es costumbre entre los perturbadores, sino con una verdadera y encarnizada lucha hasta la pérdida de los bienes, de las fuerzas y de vida.

Ejemplos de esta fortaleza los muestran muchos Prelados que, en medio de la aflicción de la Iglesia, emulando el ardor de CARLOS, confirman las palabras del divino Maestro: "*El buen pastor da su vida por sus ovejas*"⁽⁷⁴⁾.

Ellos, en verdad, se inmolan por la salvación de todos, no por un deseo de gloria, o afición de partido, o a causa de algún bien particular, sino por aquella caridad, que "*nunca perece*".

Abrasado BORROMEO por esta llama, que los ojos profanos no ven; cuando a causa de la ayuda prestada a los atacados por la peste se expone al peligro de muerte, no se siente sin embargo satisfecho con prestar ayuda a los males presentes, sino que también se muestra solícito de los males futuros: "*es plenamente razonable que, como el padre amoroso que ama sus hijos con entrañeza tanto en el momento presente como en el futuro cuida y prepara lo que les sea necesario para la vida; así también nosotros, obligados por nuestro deber de paterna caridad, atendamos con toda precaución en este quinto*

(69) Conc. Prov. I, Pars II.

(70) Conc. Prov. III, Pars I.

(71) Conc. Prov. IV, Pars II.

(72) I Cor. 11, 28.

(73) Luc. 12, 31; Mat. 6, 33.

(74) Juan 10, 11.

Concilio provincial a los fieles de nuestra provincia, y luego tomemos las precauciones que en el tiempo de la peste hemos hallado ser de saludable ayuda"⁽⁷⁵⁾.

Estas mismas preocupaciones y consejos de un espíritu previsor, Venerables Hermanos, se llevan a la práctica por esa acción católica, que muchas veces hemos recomendado.

A este amplísimo ministerio, que comprende todas las obligaciones de misericordia para *el reino celestial*⁽⁷⁶⁾, son llamados también los elegidos de entre el pueblo.

Los cuales, una vez que recibieron esta carga, deben estar preparados e instruidos para entregarse enteramente a sí mismos y todo lo que les pertenece por esa noble causa; para resistir a la envidia y a la maledicencia, y también al ánimo hostil de muchos, que vuelven mal por bien; para trabajar *"como buen soldado de Cristo"*⁽⁷⁷⁾ y correr *"con paciencia al combate que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, autor y consumidor de la fe"*⁽⁷⁸⁾.

378

Ciertamente es un género de lucha duro, pero que conduce ante todo al bien público, aunque se demore el día de la total victoria.

18. El ejemplo de virtud de Carlos y su imitación. En esto, que hemos señalado, pueden verse los ilustres ejemplos de CARLOS, y de allí tomarse los que cada uno según su condición debe imitar y a los cuales enderezar su espíritu.

Si bien a éste lo hicieron admirable su singular virtud, su gran talento, su ardiente caridad, sin embargo no estuvo exento de esta ley: *"Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecución"*⁽⁷⁹⁾.

Y así, porque llevara una vida más sacrificada, siempre recta y honesta, porque se levantara como protector incorruptible de las leyes y de la justicia, por esto mismo se atrajo la envidia de los principales de la ciudad; es com-

batido por las malas artes de los peritos en el gobierno de la república; tuvo en contra a los magistrados, cayó en sospecha de los nobles, del clero y del pueblo; finalmente se atrajo el odio irreconciliable de los corrompidos, y hasta fue amenazado de muerte. A los cuales, aunque era de corazón manso y suave, resistió con entereza.

Y no sólo no cedió un paso en aquello que sería para ruina de la fe y las costumbres, sino que ni aceptó pedidos contrarios a la disciplina o gravosos para los fieles, aunque fuesen hechos, como se cree, por algún rey poderoso y aún católico.

Así, teniendo presente las palabras de Cristo: *"Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios"*⁽⁸⁰⁾, y la voz de los Apóstoles: *"es necesario obedecer antes a Dios que a los hombres"*⁽⁸¹⁾, no sólo prestó grandes servicios a la causa de la religión sino también de la misma sociedad civil, a la cual, sufriendo el castigo de su loca prudencia, y casi sumergida por las olas de revueltas originadas por la fuerza de sus propias armas, la salva de una segura muerte.

La misma alabanza y gracia será debida a los varones católicos de este tiempo y a sus valerosos jefes, los obispos, en quienes nunca se echará de menos el cumplimiento de sus deberes, ya se trate de conservar la fe, y la reverencia debida *"también a los señores díscolos"* al prescribir lo justo, o de no reconocer sus inicuos mandatos, lo mismo alejada ya la precoz licencia de los que han caído en sediciones y desórdenes, ya la servil bajeza de los que siguen como sagradas leyes las impías órdenes de los peores hombres, que, pervirtiendo todos los derechos bajo el nombre de una mentida libertad, imponen la más dura servidumbre.

19. La libertad de la Iglesia y los ataques contra ella. Esto acontece a la vista de todo el mundo y en plena luz, con respecto principalmente a alguna

(75) Conc. Prov. V, Pars II.

(76) Mat. 25, 34 ss.

(77) II Tim. 2, 3.

(78) Hebr. 12, 1, 2.

(79) I Tim. 3, 12.

(80) Mat. 22, 21.

(81) Act. 5, 29.

gente, en que "*el príncipe de las tinieblas*" parece haber constituido su principal sede.

Bajo cuyo poderoso reinado los derechos todos de los hijos de la Iglesia son miserablemente hollados, no habiendo ya rastros de grandeza espiritual en los conductores de la república, ni de cultura, ni de fe, virtudes en las cuales tanto tiempo brillaron sus padres, que se enorgullecían con el nombre de cristianos.

Además, es evidente que, una vez nacido el odio a Dios y a la Iglesia, todo va desmoronándose y retrocede por una rápida pendiente a la crueldad de la antigua libertad, mejor dicho, al cruelísimo yugo, quitado de la cerviz por obra de la familia de Cristo y de su combatida disciplina.

Mas aún, —lo mismo expresó CARLOS—, "*es además cierto y comprobado que nada ofende más a Dios, nada le provoca mayor ira que la caída en herejía; y que nada tiene mayor poder para la destrucción de las provincias y los reinos que aquella horrible peste*"⁽⁸²⁾

Aunque mucho más funesta es la actual conspiración para arrancar a los cristianos del seno de la Iglesia. En medio de la mayor discordia de pensamientos y voluntades, que es una señal característica de los que se han desviado de la verdad, en una sola cosa concuerdan estos enemigos, y es en el ataque unánime y pertinaz a la justicia y a la verdad, y como de éstas es la Iglesia guardiana y defensora, la atacan en apretadas filas.

Y como se jactan de no pertenecer a ningún bando, o también de favorecer la causa de la paz, con palabras suaves, pero con no disimulados propósitos obran de otra manera, para disponer asechanzas, añadiendo al daño la burla, el engaño o la violencia; pues con este nuevo género de lucha se ataca hoy día al nombre cristiano; las guerras se encienden mucho más peligrosas que las batallas de antes, en las cuales BORROMEO conquistó tanta gloria.

20. **Exhortación final.** Tomando de allí grandes ejemplos y enseñanzas para todos nosotros, en que se contiene la salud privada y pública, peharemos con ánimo pronto y animoso, por la fe y la religión, por la santidad del derecho público, inducidos por una deplorable necesidad, pero al mismo tiempo sostenidos por una dulce confianza de que Dios omnipotente, apresurará la victoria para los que militan en tan glorioso ejército. A esta confianza la fuerza y poder de la obra de CARLOS prolongada hasta nuestra época agrega la fortaleza, ya para refrenar el desfreno de las inteligencias, ya para fortalecer el ánimo en el santo propósito de instaurar todo en Cristo.

Podemos ahora, Venerables Hermanos, terminar con las mismas palabras con que el tantas veces recordado Predecesor Nuestro PAULO V puso fin a su Carta, en que concede los supremos honores a CARLOS: "*Es pues justo, que demos gloria, honor y bendición al que vive que por los siglos de los siglos, que bendijo a nuestro compañero de esclavitud con toda bendición espiritual, para que fuera Santo e inmaculado en su presencia, y cuando el Señor nos lo haya dado como resplandeciente estrella en esta noche de nuestros pecados y tribulaciones, vayamos a suplicar con ruegos y obras a su divina clemencia, para que CARLOS también sirva con sus méritos y ejemplo a la Iglesia, que tan vehementemente amó, la asista con su patrocinio y en tiempos de ira sea causa de nuestra reconciliación, por Cristo nuestro Señor*"⁽⁸³⁾.

Vaya con estos votos y acreciente la común esperanza, el augurio de la bendición Apostólica que os impartimos a vosotros, Venerables Hermanos, y a vuestro clero y pueblo.

Dada en San Pedro de Roma, el día 26 del mes de Mayo, en el año 1910, séptimo de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA X.

(82) Conc. Prov. V, Pars I.

(83) Bulla "Unigenitus", 1610.